



# DIABLO®

VESSEL OF HATRED™

## Cuando Akarat llegó a Nahantu

UN CUENT@ CORT@ DE  
MATTHEW J. KIRBY

## Historia

MATTHEW J. KIRBY

## Ilustraciones

RICHARD ANDERSON

## Editorial

CHLOE FRABONI

## Diseño y dirección artística

COREY PETERSCHMIDT

## Asesoramiento sobre la historia

IAN LANDA-BEAVERS

## Asesoramiento creativo

NICK CHILANØ, GABRIEL LING, DAVID LØMELI, ELENI RIVERA-CØLØN, DAVID RØDRIGUEZ

## Producción

BRIANNE MESSINA, AMBER PRØUE-THIBØDEAU, CARLØS RENTA

## Agradecimientos especiales

RØD FERGUSSØN

## Traducción

NICØLÁS MANUEL TØSØ FERNÁNDEZ,  
ANDRÉS URETA



Blizzard.com

© 2024 Blizzard Entertainment, Inc., Blizzard y el logo de Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los Estados Unidos o en otros países.

Publicado por Blizzard Entertainment.

Esta historia es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos descritos son producto de la imaginación del autor o del artista, o bien se utilizan de forma ficticia, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, establecimientos comerciales, sucesos o lugares es mera coincidencia.

Blizzard Entertainment no tiene control alguno sobre los sitios web o los contenidos del autor o de terceros, y no asume responsabilidad por ellos.

# Cuando Akarat llegó a Nahantu

**A**quí comienza la historia de Akarat y el Lobo.

Solo aquellos capaces de cruzar entre los reinos de la carne y del espíritu conocen esta verdad. Esta es nuestra historia. La recibimos de nuestros ancestros, quienes la recibieron de sus ancestros, quienes la recibieron de los suyos, quienes la recibieron de los Devotos de Akarat, quienes presenciaron tales eventos. La historia se cuenta entre los Encarnaespiritus de Nahantu, ya sean los Umbaru de la jungla o los Teganze de la planicie, y la sabiduría que ella contiene les pertenece a todos. Muchos la han olvidado, permitiendo así que los perversos la exploten en favor de su orgullo y su voluntad de dominar.

Presten atención, hijos de Nahantu. Presten atención, todos los herederos de Santuario. Presten atención a la verdadera historia de Akarat. Presten atención, ustedes que se han puesto por encima de la gente como buscadores de la Luz y profanadores de la voluntad de Akarat. Presten atención, ustedes que preparan el camino hacia la Luz y luego cobran un diezmo en nombre de Akarat. Presten atención a la verdad, sirvientes indeseables, y eviten así ser consumidos por el Odio.

Cuando Akarat llegó a Nahantu, no lo hizo rodeado de esplendor. No hubo palanquín que lo transportara por las calles de Kurast, ni fue recibido con elogios o adoración. Nadie le prestó atención. Ninguna profecía lo había anunciado. Incluso si hubiese habido una profecía, nadie la hubiera creído, puesto que en aquellos

días el pueblo de Nahantu se hallaba carente de esperanzas. Una enfermedad asolaba la tierra. Las exuberantes selvas y los fértiles campos estaban invadidos. Las bestias se habían vuelto salvajes y feroces. La corrupción se había arraigado y se extendía como una llaga purulenta. La tierra se volvía putrefacta y venenosa allí donde surgieran las semillas del flagelo. La plaga infundía ansias de sangre hasta en los animales más pacíficos. Retorcía los manglares y abrasaba las llanuras. Parecía como si una maldición se hubiera adueñado de Nahantu, dejando a sus habitantes en la ruina y bajo la agónica desesperación de morir de hambre.

Muchos entre los Umbaru huyeron de la perdición que los asolaba, buscando refugio en tierras exóticas y distantes. Entre aquellos que emigraban se encontraba la madre de Akarat, razón por la cual él nacería en Xiansai, hijo de un hombre local. Y fue así que su llegada a Nahantu significó, en cierto modo, un retorno.

A su lado —rebotante de esperanza y caridad— se hallaba Ysemete, a quien hoy conocemos como la Primera Devota de Akarat. Él y ella mantenían una amistad desde hacía años y se amaban entre sí desde la infancia, del mismo modo e intensidad en que lo hacen un par de hermanos de sangre. Su vínculo era tan profundo que cuando Akarat abandonó Xiansai, Ysemete partió con él, acompañándolo fielmente durante sus viajes por Kehjistán. Otros tres los acompañaron a Nahantu: Adavin, el cartógrafo; la ingeniosa Istabela; y Guilla, la resoluta.

Juntos, los cinco cruzaron el imponente río Argentek, que separa los desiertos de Kehjistán de las entrelazantes enredaderas de Nahantu. Al aproximarse a la costa lejana, las aguas comenzaron a fluir de forma lenta y pútrida bajo la esbelta embarcación, oscurecidas como por acción de las sombras y la sangre. Akarat llevaba en sus manos una pequeña escultura de jade, una de las pocas posesiones que trajo consigo de Xiansai. Su brillo parecía atenuarse ante la profundidad cada vez mayor de la jungla y la luz cada vez menor del sol. Él apretó la escultura contra su pecho.

—¿Maestro? —dijo Adavin.

Akarat habló con paciencia. —Ya lo he dicho varias veces antes, Adavin, no soy tu maestro. Ambos somos buscadores de la Luz.

Adavin hizo un gesto con la cabeza. —Por supuesto. Perdóneme, maestro.

Akarat suspiró y dirigió su mirada al Devoto. —Haz tu pregunta.

—¿Qué es eso que lleva?

Las demás aquietaron sus remos e hicieron silencio. A Istabela también le había llamado la atención la escultura, al igual que a Guilla, pero ninguna consideró que les correspondiera preguntar. Ysevete conocía la respuesta a la pregunta de Adavin, pero esperó a escuchar la respuesta de Akarat.

—Pertenece a mi madre —respondió al fin—. La llevo conmigo desde que dejamos Xiansai. Tengo la esperanza de poder devolver este fragmento suyo a la tierra de sus antepasados. —Fijó la vista hacia el pantano frente a él—. Ahora que estoy aquí, me doy cuenta de que no me gustaría que ella viese lo que ha ocurrido aquí.

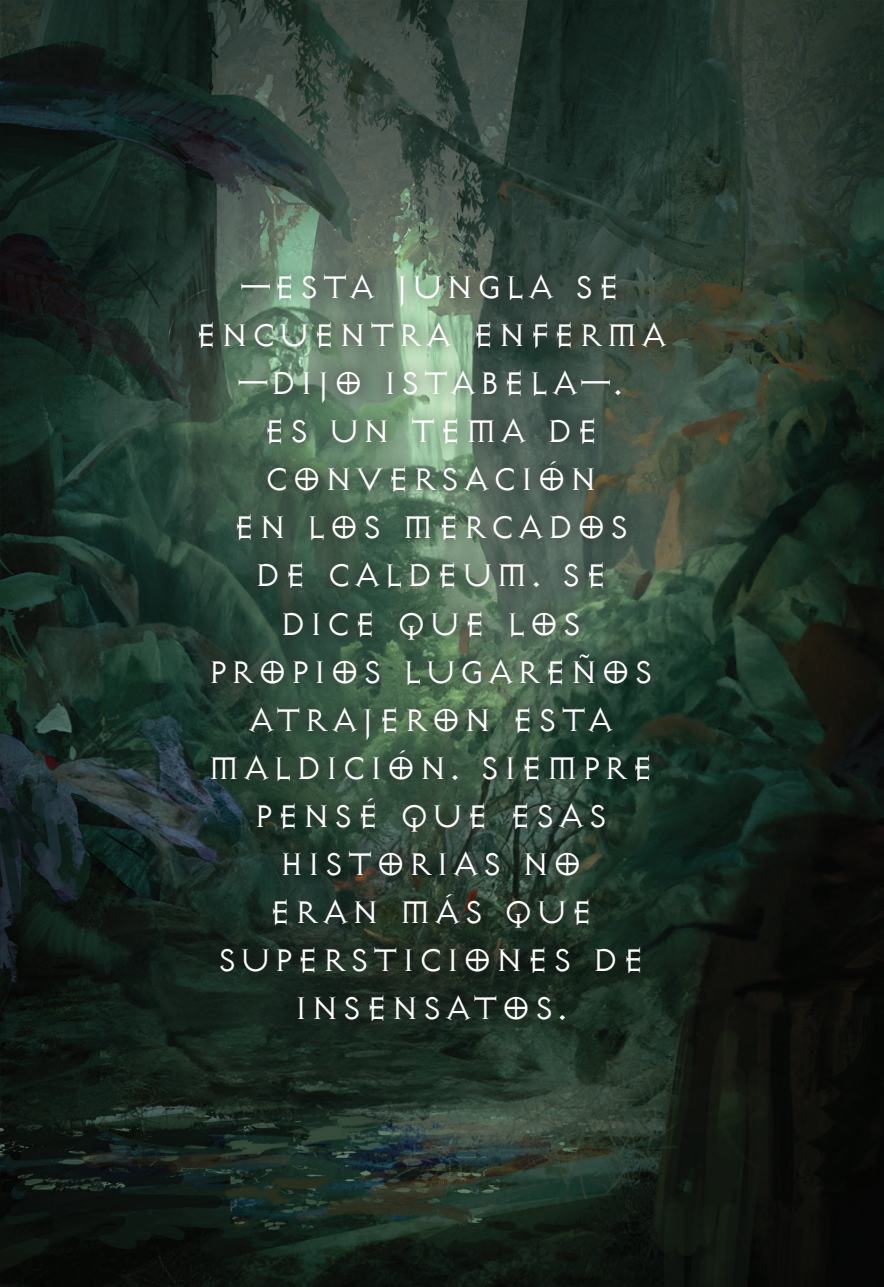
—Esta jungla se encuentra enferma —dijo Istabela—. Es un tema de conversación en los mercados de Caldeum. Se dice que los propios lugareños atrajeron esta maldición. Siempre pensé que esas historias no eran más que supersticiones de insensatos.

—Quizás lo sean —agregó Ysevete—. Mi padre solía decir que la superstición culpa a la víctima por su enfermedad, en lugar de a la enfermedad misma.

—Sabias palabras —opinó Akarat mientras guardaba la escultura.

La proa del bote golpeó contra la orilla y todos desembarcaron. Antes de siquiera aventurarse hacia lo más profundo de la ciénaga, los Devotos comenzaron a titubear. Un miasma asfixiante les nublabla la vista y, al respirar, les calaba hasta los pulmones y les comprimía los corazones. Sus fuerzas flaqueaban bajo un peso opresivo que les agobiaba la mente, como si la jungla misma detestase su presencia. El lodazal hacía que sus pies y su coraje vacilaran. Solo Akarat avanzaba impertérrito. Los Devotos intentaban seguirlo, pero eran incapaces de mantener su paso.

Akarat notó sus dificultades. Vio cómo temblaban. Los instó a detenerse. Se sentó sobre un tronco putrefacto y luego, para confusión de sus Devotos, comenzó a quitarse los zapatos. —¿Puede la curandera de una aldea no mancharse las manos



—ESTA JUNGLA SE  
ENCUENTRA ENFERMA  
—DIJØ ISTABELA—.  
ES UN TEMA DE  
CØNVERSACIØN  
EN LØS MERCADØS  
DE CALDEUM. SE  
DICE QUE LØS  
PRØPIØS LUGAREÑØS  
ATRAJERØN ESTA  
MALDICIØN. SIEMPRE  
PENSÉ QUE ESAS  
HISTØRIAS NØ  
ERAN MÁS QUE  
SUPERSTICIØNES DE  
INSENSATØS.

con sangre? —les preguntó.

Los Devotos se miraron entre sí y luego contestaron al unísono que no.

—En efecto —dijo Akarat sonriendo—. No sería una muy buena curandera, ciertamente. No confiaría en una curandera que tuviese sus manos impolutas. —Los Devotos quedaron impactados cuando se puso de pie y dejó que sus pies desnudos se hundieran en el fétido lodo—. Para cerrar la carne desgarrada, para limpiar una herida infectada, para aliviar a aquellos aquejados por la fiebre y la plaga, un curandero debe hacer contacto con la corrupción. Aún no sé que males han hecho de esta tierra su morada, pero, cuando pienso en la sabiduría del padre de Yseve, recuerdo que lo maligno no es la tierra. —Se movió de atrás hacia adelante en su sitio, chapoteando en la inmundicia con la alegría de un niño—. En cualquier parte de Santuario en la que poso las plantas de los pies, puedo sentir la Luz que hay en esta tierra. Estoy conectado con ella, incluso en este lugar desamparado. Ustedes también lo están. Deben intentar sentirlo.

—¿Puedo dejarme puestos los zapatos? —preguntó Adavin, haciendo que los demás rieran de forma afectuosa.

—Puedes —Akarat sonrió—. Tus zapatos no pueden detener la Luz, pues esta habita en todos nosotros.

Los Devotos acallaron sus mentes y sus corazones. Buscaron la Luz en su interior y, gracias a su resplandor, vieron la Luz en Nahantu. Vieron que deseaba fluir de forma tan abundante como sus ríos y arroyos, pero sus cauces normales estaban obstruidos, asfixiados y condenados por la corrupción.

—¿Lo ven? —preguntó Akarat a sus Devotos—. ¿Entienden por qué estamos aquí y qué es lo que debemos hacer?

—Entendemos —dijeron Istabela, Adavin y Guilla.

—Siento otra cosa —dijo, en cambio, Yseve—. Hay algo más. Aquí la Luz es distinta. Es como si nos moviéramos por la faz de un océano profundo.

Akarat asintió. —Quizás se deba a que tu padre vino de Nahantu, al igual que mi madre, pues yo siento lo mismo que tú. Aún no comprendo qué significa. Tengo muchas preguntas para las que quisiera tener respuestas, pero eso no sucederá en

este lugar. Vengan.

Acto seguido, los hizo adentrarse aún más en la jungla. Intentaron encontrar y seguir cuanto camino pudieron, pero ningún sendero lograba sobrevivir a la codicia de las enredaderas y a la irregularidad del suelo. Cualquier camino con el que se topaban se hundía pronto en el pantano o terminaba devorado por una maleza impenetrable, obligándolos a devolverse sobre sus pasos en busca de otra vía.

—Haré un mapa de este lugar para ayudar a futuros viajeros —refunfuñó Adavin con frustración.

—Tu talento es enorme —afirmó Akarat—. Pero me temo que cualquier mapa que se haga de estas tierras cambiantes quedará obsoleto antes de completarlo.

Diversas criaturas se escabullían, siseaban y se retorcían en las aguas a su alrededor, totalmente invisibles si no fuese por las anchas estelas que dejaban o por el chapoteo repentino de algo grande bajo la superficie de la mugre. Los insectos hacían brotar sangre de sus cuellos y rostros con sus picaduras. Las telarañas de enormes arácnidos se extendían entre las ramas sobre sus cabezas. A lo lejos se escuchaban los aullidos y los bramidos de bestias que se imponían a los quejidos de sus presas moribundas. La tierra se les resistía y la marcha se hacía difícil. Los Devotos aún sentían la presencia constante del mal, pero la Luz los fortalecía. Nahantu los fortalecía.

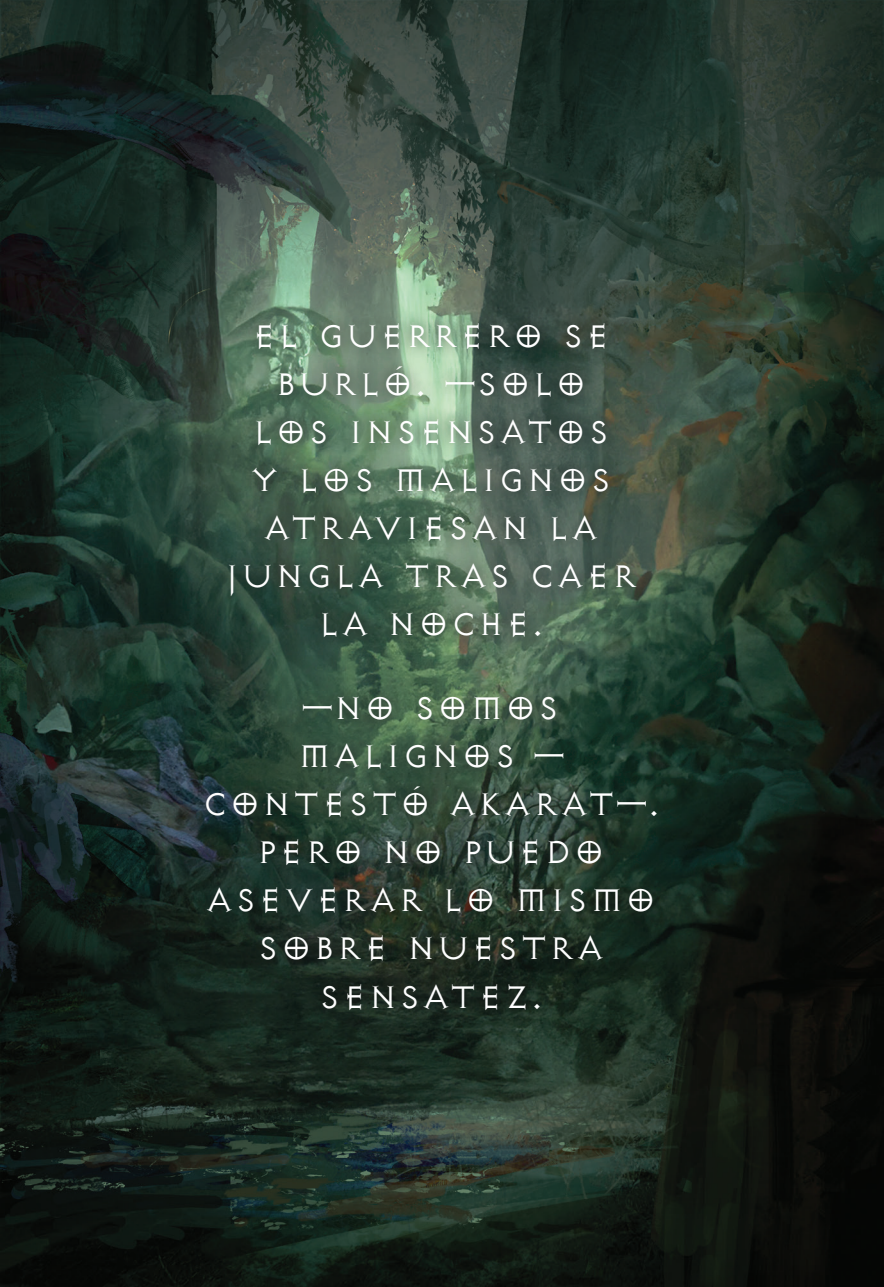
El día murió joven bajo el dosel de la jungla, y la noche cubrió su cadáver con una oscuridad tan absoluta como nunca antes los Devotos conocieron. Todo era sombra. Tenían la esperanza de hallar algún asentamiento o un pueblo para antes de aquel momento, pues estaban más que conscientes del peligro que implicaba pasar la noche a la intemperie. La antorcha de Istabela les permitió seguir adelante, pero no pasó mucho tiempo antes de que una manada de roedores infernales les cayera encima.

Las criaturas —grandes como perros— irrumpieron desde los árboles, babeando y chillando con sus grandes hocicos.

Sin embargo, sus garras y dientes no llegaron a tocar a los Devotos.

—¡Atrás! —ordenó Akarat levantando la voz.





EL GUERRERØ SE  
BURLÓ. —SØLØ  
LØS INSENSATØS  
Y LØS MALIGNØS  
ATRAVIESAN LA  
JUNGLA TRAS CAER  
LA NØCHE.

—NØ SØMØS  
MALIGNØS —  
CØNTESTÓ AKARAT—.  
PERØ NØ PUEDE  
ASEVERAR LØ MISMO  
SØBRE NUESTRA  
SENSATEZ.

Su espíritu era tan fuerte y estaba tan colmado de Luz que las bestias se detuvieron. Estaban confundidas, mas no atemorizadas ni disuadidas de atacar. Este respiro dio tiempo a los Devotos para armarse.

En aquella época Adavin llevaba un arco. Istabela aún prefería los cuchillos que llevaba a escondidas, como lo había hecho durante sus años como ladrona, antes de conocer a Akarat. Guilla luchaba con un bastón que los magos de su familia habían pasado de generación en generación. Ysemete portaba una maza dorada cuya cabeza evocaba la forma de sol. Akarat blandía la Luz y su espada flamígera. Para cuando los animales recuperaron el coraje para atacar, encontraron a sus presas listas para defenderse. Adavin disparaba sus flechas con una precisión impecable. Istabela apuñalaba y destajaba con sus cuchillos. Guilla e Ysemete golpeaban y apaleaban a sus oponentes. Akarat calcinaba. Los Devotos luchaban bien, pero parecía que pronto quedarían abrumados, pues la horda era demasiado numerosa.

Fue entonces que un poderoso guerrero Umbaru se unió a la batalla. Varias bestias fueron víctimas de su lanza rápidamente, la cual parecía debilitar la sed de sangre de la manada y acabó por detener su ataque. Los roedores que todavía tenían suficientes fuerzas como para escapar volvieron a la oscuridad.

Antes de que los Devotos pudieran agradecerle al guerrero Umbaru por su ayuda, el extraño apuntó a Akarat con su lanza. —¿Qué eres? —preguntó.

Los Devotos saltaron en defensa de su maestro, pero Akarat los calmó con una mirada. Luego envainó su espada y levantó sus manos vacías. —Me llamo Akarat —dijo—. Somos simples viajeros.

El guerrero se burló. —Solo los insensatos y los malignos atraviesan la jungla tras caer la noche.

—No somos malignos —contestó Akarat—. Pero no puedo aseverar lo mismo sobre nuestra sensatez.

—El hecho de que tus pies desnudos toquen las aguas contaminadas da fe de lo que dices —agregó el guerrero.

Akarat se rio. —¿Y qué hay de ti? ¿Acaso no estás en la jungla al igual que nosotros? Ciertamente, no eres maligno, pero tampoco creo que seas un insensato.

El guerrero aún se mostraba cauteloso, pero parecía haber quedado convencido de que Akarat y los Devotos no representaban una amenaza. El hombre retiró su lanza. —Estaba buscando a mi hermano. Se suponía que hoy regresaría de una aldea cercana, pero no ha vuelto ni tampoco hemos tenido noticias de él.

—Podríamos ayudarte a buscar a tu hermano —anunció Ysevete.

El guerrero la miró con una mezcla de sorpresa y sospecha. —¿Por qué ayudarías a un extraño a hallar a otro extraño?

—Tú nos ayudaste aunque fuéramos extraños. Si hace falta ayuda, se presta ayuda —contestó Ysevete.

—Ciertamente —dijo el hombre—. Si lo dices con sinceridad, entonces agradecería su apoyo. Pero hasta que no amanezca, no hay mucho que hacer. Hay criaturas más mortíferas que temer y el aroma a muerte las atraerá.

—Entonces te ayudaremos a buscar mañana, con la luz de un nuevo día — afirmó Akarat—. ¿Cómo te llamas?

—Soy Tusega —respondió el hombre, luego de lo cual se puso a observar la carnicería que habían ocasionado—. Me apena haber tenido que matar a estas pobres criaturas. Según las historias antiguas, antes solo comían hojas y hierba. Eran tímidas, de espíritu pacífico. No es su culpa que la semilla demoníaca las lleve a la locura.

—¿Qué semilla demoníaca? —indagó Guilla.

—La odiosa enfermedad que nos asola no es originaria de Nahantu —aseveró Tusega.

—Estás en lo correcto —agregó Akarat, quien de pronto parecía atribulado por sus pensamientos, puesto que su gran enemigo final comenzaba a asomarse ante él—. Esta corrupción está llena de Odio.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Ysevete, quien conocía a Akarat mejor que nadie y podía leer sus cambios de ánimo.

—Nada con lo que debas cargar —respondió Akarat.

Luego, Tusega guio a Akarat y a los Devotos a su aldea, donde descubrieron que él era un hombre muy respetado entre sus pares, ya que era tanto un curandero

como un líder. Los invitó a pasar a su hogar, el cual estaba lleno de todo tipo de hierbas, raíces y flores para la creación de bálsamos y pociones.

—Parece que eres un hombre de gran conocimiento y habilidad —observó Ysevete.

—Los elixires que preparo son una pequeña parte de lo que implica sanar —argumentó Tusega.

—¿Y cuál es la parte más grande?

—El espíritu —contestó Tusega—. Poco pueden hacer mis remedios si el espíritu está destrozado.

Sus palabras agradaron a Akarat, quien creía que la Luz lo había guiado a este encuentro con Tusega, aunque a este le tomaría un tiempo descubrir que la Luz también lo había guiado a Akarat.

A la mañana siguiente, se adentraron en la jungla en busca del hermano de Tusega, pero esta vez los Devotos pudieron ver un Nahantu distinto a través de los ojos del propio Tusega. Les enseñó a buscar y recorrer los senderos más secos. Les enseñó cómo evitar las arenas movedizas en las que los viajeros desprevenidos se hundían para nunca volver a ser vistos. Les enseñó qué plantas eran comestibles y cuáles acabarían con sus vidas en el lapso de un respiro. Les enseñó a discernir el ruido de las bestias más agresivas, para así evadirlas y evitar la violencia innecesaria. Les enseñó a ver el verdadero Nahantu.

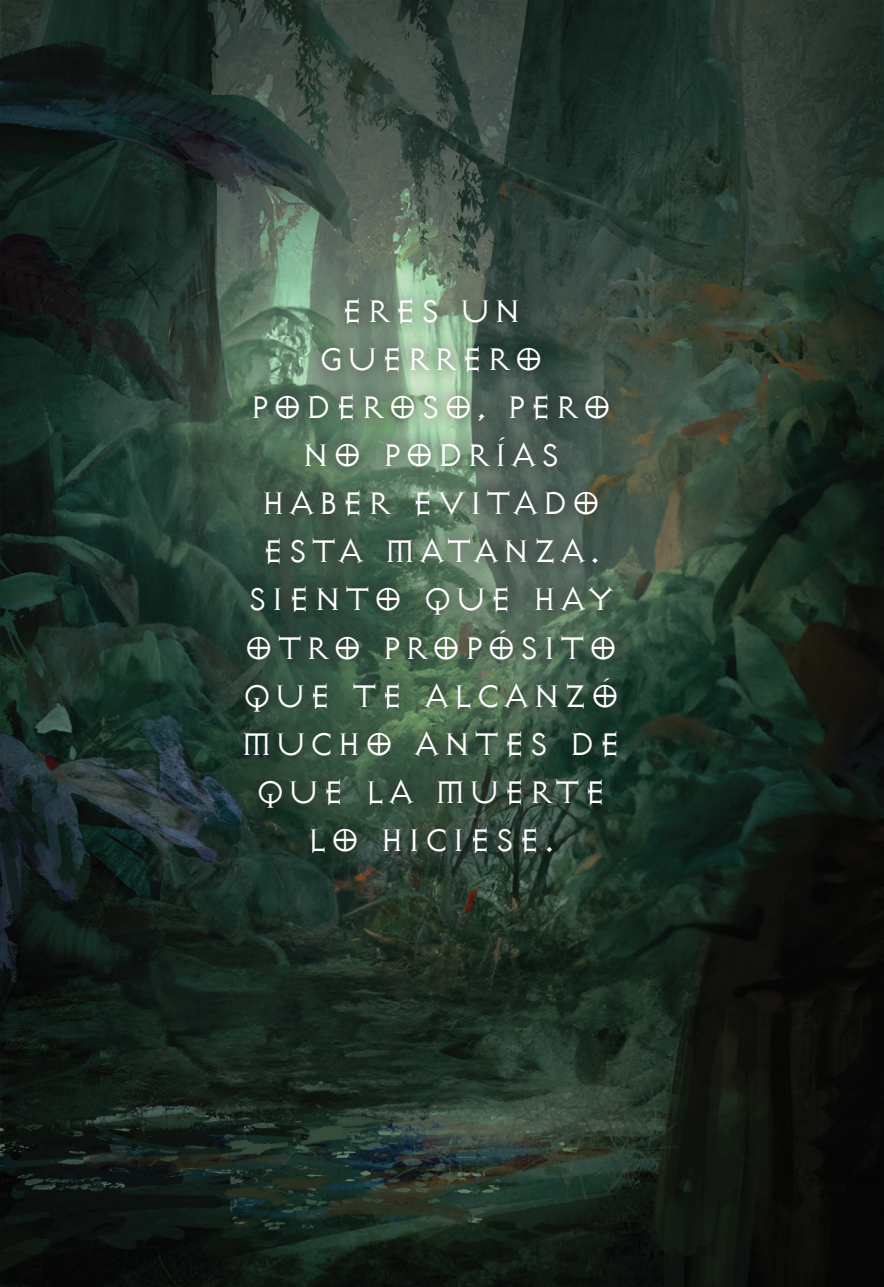
—¿Por qué te quedas cuando tantos han abandonado este lugar? —le preguntó Guilla.

Tusega se tomó un tiempo para pensar antes de responder. —Me quedo porque todavía puedo sentir el espíritu de esta tierra, el cual es más fuerte que la semilla demoníaca.

—Yo también lo sentí —sumó Akarat—. Me sentí en mi hogar en cuanto entramos a la jungla de Nahantu. Fue como si hubiera encontrado algo que jamás supe que estaba buscando.

—Maestro, ¿qué es el espíritu? —inquirió Adavin.

—No lo sé —dijo Akarat—. Pero sé que puedo sentirlo.



ERES UN  
GUERRERØ  
PØDERØSØ, PERØ  
NØ PØDRÍAS  
HABER EVITADØ  
ESTA MATANZA.  
SIENTØ QUE HAY  
ØTRØ PRØPØSITØ  
QUE TE ALCANZØ  
MUCHØ ANTES DE  
QUE LA MUERTE  
LØ HICIESE.

—¿Acaso es lo mismo que la Luz? —preguntó Guilla.

—No lo creo —replicó Akarat—. Pero la Luz me abrió los ojos al espíritu.

La búsqueda del hermano de Tusega prosiguió hasta que llegaron a un hogar solitario. Tusega quería preguntarles a los residentes si habían visto a su hermano, pero pronto descubrió que nadie le respondería, pues todos habían sido masacrados recientemente. Sus cuerpos mutilados yacían apilados bajo nubes de moscas. Su sangre empapaba el suelo. Istabela se arrodilló al lado de los despojos de carne que solían ser un niño, y lloró. Nadie dijo nada durante un largo tiempo, golpeados por la pena y el horror. Luego, Tusega encontró a su hermano entre los muertos. Le habían extraído los ojos y arrancado tanto las orejas como la nariz, pero Tusega lo reconoció por el collar de cuentas que aún llevaba en el cuello. Akarat y los Devotos ayudaron a Tusega a reunir a los difuntos para que sus cuerpos pudieran ser entregados a las llamas de la pira y así dejarlos descansar.

—Lamento tu pérdida y tu dolor, Tusega —dijo Akarat.

—Es culpa nuestra —agregó a continuación Istabela—. Si hubieras estado aquí en lugar de ayudándonos, quizás podrías haberlo salvado.

Tusega negó con la cabeza. —Si en lugar de mí se hubiesen encontrado con mi hermano, él habría hecho lo mismo que hice yo. Luchó muriendo por su gente, sin arrepentimientos.

—Si esta gente hubiera luchado con el poder de la Luz, quizás habrían sobrevivido —dijo Guilla, inflamada de rabia ante tanta muerte.

—La Luz no puede evitar todo el sufrimiento y la pena —explicó Akarat para calmarla—. Ese no es su poder y no es por ello que la buscamos. Luego se dirigió a Tusega.

—Si hubieras estado aquí, habrías muerto junto a tu hermano. Eres un guerrero poderoso, pero no podrías haber evitado esta matanza. Siento que hay otro propósito que te alcanzó mucho antes de que la muerte lo hiciese.

—¿Qué propósito? —preguntó Tusega.

—Vinimos a purificar Nahantu de la corrupción que la asola —contestó Akarat—. Creo que puedes ayudarnos a lograrlo.

—¿Cómo? —insistió Tusega—. ¿Quién eres tú para enfrentarte a esta maldad?

—No soy nadie —dijo Akarat.

Y así fue que Akarat le enseñó a Tusega sobre la Luz y le pidió que le mostrase una de las semillas demoníacas desde las cuales se esparcía la corrupción de Nahantu. Luego, Akarat y sus Devotos hicieron brillar la Luz sobre las raíces retorcidas de la Semilla del Odio, y ni siquiera la enorme maldad en su interior fue capaz de resistir su fuerza. Las raíces se marchitaron y la semilla dejó de existir. Habiendo presenciado aquello, Tusega se convirtió en el Quinto Devoto, para luego guiar a Akarat y a los demás a través de la jungla en busca de las Semillas del Odio. Juntos, enfrentaron muchos peligros, sobrevivieron a pruebas terribles y soportaron incontables penurias, pero esas son historias para otro momento.

Con el tiempo, una pequeña parte de Nahantu comenzó a sanar gracias a la Luz y al trabajo de Akarat y sus Devotos. La noticia de este milagro llegó hasta Caldeum, donde los mercaderes volvieron la mirada al sur por primera vez en muchos años, hacia las riquezas y la abundancia de la jungla. Así fue que un joven noble y educado de las familias ricas y poderosas viajó hasta allí en busca de oportunidades de comercio. No fue a Nahantu por elección, sino por obediencia, resuelto a cumplir con los deberes de una vida planificada de antemano. No obstante, dicho joven era de corazón afectuoso, mente curiosa y espíritu optimista, y al oír hablar de Akarat, lo buscó bajo la guía de la Luz, que ya orientaba sus pasos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Akarat.

—Soy Jualin —contestó el joven.

Gracias a la Luz, Akarat vio a Jualin con una gran claridad. —Eres como un águila enjaulada —le dijo—. Deberías estar surcando los cielos, pero ni siquiera puedes abrir tus alas. ¿Quieres ser liberado?

La verdad de las palabras de Akarat aturdió a Jualin, quien rompió en llanto.

—¿Cómo puedes saber tanto de mí si no soy más que un extraño para ti y hasta para mí mismo?

—Nadie es un extraño en la Luz —contestó Akarat.

—¿Puedes liberarme? —preguntó Jualin.

—No —replicó Akarat—. Es cierto que eres un prisionero, pero también eres el carcelero. No puedo liberarte cuando eres tú quien tiene la llave.

—¿Y cómo puedo hacerlo? —insistió Jualin.

—La respuesta está en tu interior —indicó Akarat. Luego apoyó sus manos sobre los ojos del joven y fue en aquella oscuridad que Jualin encontró la Luz por primera vez, y vio un mundo nuevo.

Fue así que Jualin dejó atrás los mercados y el comercio para convertirse en el Sexto y el más joven de los Devotos de Akarat, uniéndose a los demás en su esfuerzo incansable por sanar Nahantu hasta que las aguas volvieran a correr en tonos de verde y azul; hasta que el sabor de los frutos de los árboles pasara de amargo a dulce; hasta que los animales volvieran a los lugares a ellos destinados. El viento y la lluvia se deshicieron del hedor repugnante de la malevolencia, y una vez más los aromas naturales de la vida y la muerte retumbaban cual canto de aves viajando con el viento.

Tusega se paraba en el umbral de su casa cada día al anochecer, respiraba profundamente y se maravillaba ante su belleza. —Hubo veces en las que dudé de las historias antiguas. —dijo una noche—. Hubo días en los que me costó creer que la tierra que describían había existido alguna vez. Pero ahora sé que nuestros ancestros decían la verdad. Por fin, el Nahantu que las historias recuerdan es *nuestro* Nahantu. Por fin, el Nahantu de mis sueños perdura incluso después de despertar, y ya no temo más al dolor del amanecer.

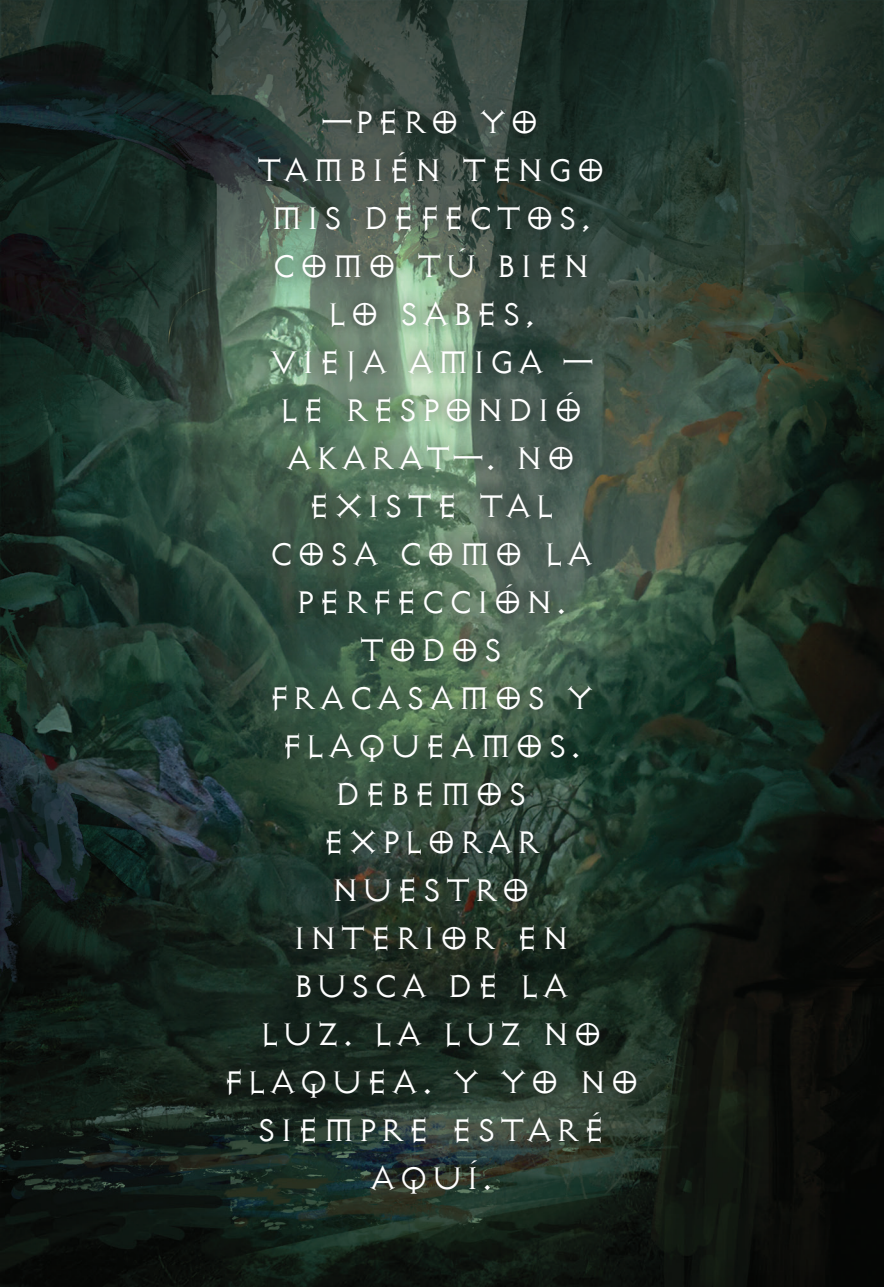
Akarat se sintió feliz por Tusega, pero su corazón aún no estaba tranquilo. Era como si un adversario invisible lo acechara, pues sabía que una maldad tan grande no podría desterrarse tan fácilmente. Percibía que aún no había cumplido su labor.

—Nahantu es un tesoro —dijo a los Devotos—. Para mí es, es el tesoro más valioso que existe. Todavía nos queda mucho que aprender aquí, y las cosas que Nahantu puede enseñarnos no pueden aprenderse en ningún otro lado de Santuario. Pero, para aprender una gran verdad, todos debemos ser dignos de ella.

Este desafío hizo dudar a los Devotos. No dudaban de la Luz, sino de sí mismos.

—Vengo de los desiertos de Kehjistán —dijo Guilla—. Dudo que Nahantu me



A dark, atmospheric forest scene with a beam of light filtering through the trees. The text is centered and reads:

—PERO YO  
TAMBIÉN TENGO  
MIS DEFECTOS,  
COMO TU BIEN  
LO SABES,  
VIEJA AMIGA —  
LE RESPONDIÓ  
AKARAT—. NO  
EXISTE TAL  
COSA COMO LA  
PERFECCIÓN.  
TODOS  
FRACASAMOS Y  
FLAQUEAMOS.  
DEBEMOS  
EXPLORAR  
NUESTRO  
INTERIOR EN  
BUSCA DE LA  
LUZ. LA LUZ NO  
FLAQUEA. Y YO NO  
SIEMPRE ESTARÉ  
AQUÍ.

reconozca, pues las raíces de mi familia no son de aquí.

—Una familia es más que la sangre —respondió Akarat—. Un hogar es más que paredes. Una familia pueden ser las personas con quienes uno más se siente en su hogar, y un hogar puede ser el lugar donde uno construye su familia. Tú eres mi familia, Guilla, y yo lo soy de Nahantu.

—¿Qué secretos no hemos descubierto? —preguntó Istabela.

—Nahantu no oculta secretos —respondió Akarat—. La verdad sigue oculta solo para quienes aún no están listos para verla. Descubrir una verdad no implica robarla, Istabela, pues la verdad es un regalo.

—Maestro, he estado trazando un mapa de nuestros pasos —dijo Adavin—. Todavía nos queda explorar las regiones meridionales. Puede que allí sea donde se encuentra esta verdad que ahora buscamos.

—Incluso tus hermosos mapas no son más que registros de lo que ya consideras como verdadero —comentó Akarat—. No encontraremos una nueva verdad allí. Deben confiar en que su brújula interna los guíe hacia la Luz, pues la Luz revelará todas las verdades.

—Fui incapaz de salvar Nahantu antes de tu llegada —agregó entonces Tusega—. Todos mis esfuerzos fueron en vano. ¿Qué razón tendría la tierra para confiar en mí ahora?

—Así como la llama de la más pequeña de las velas está hecha del mismo fuego que el sol, el más pequeño de los gestos de bondad está hecho del mismo amor que el sacrificio más grande —contestó Akarat—. La Luz es la Luz, Tusega, y la Luz en tu interior te hace digno.

—Todos ustedes son mucho más sabios y fuertes que yo —afirmó Jualin—. Comparado con ustedes, no soy más que un niño ante la Luz. No estoy listo.

—Dos bellotas cayeron en el bosque —dijo Akarat—. Una lo hizo cerca de un arroyo en el que abundaba la luz. Echó raíces rápidamente, bebió tanto como quiso y creció. La segunda lo hizo en un suelo mucho más duro, bajo la sombra de árboles antiguos. Para beber, debió echar raíces profundas. Para hallar el sol, debió estirarse hacia él. Un día, una terrible ventisca azotó la región con feroces y gélidos vientos.

Dime, Jualin, ¿cuál de los árboles resistió mejor la tormenta?

—El segundo.

—Exactamente —contestó Akarat—. No se puede crecer si no hay dificultades, y las dificultades te fortalecen. Comenzaste tu vida como la primera bellota, pero luego elegiste la vida de la segunda. El mero hecho de que aún no conozcas tu fuerza no significa que seas débil.

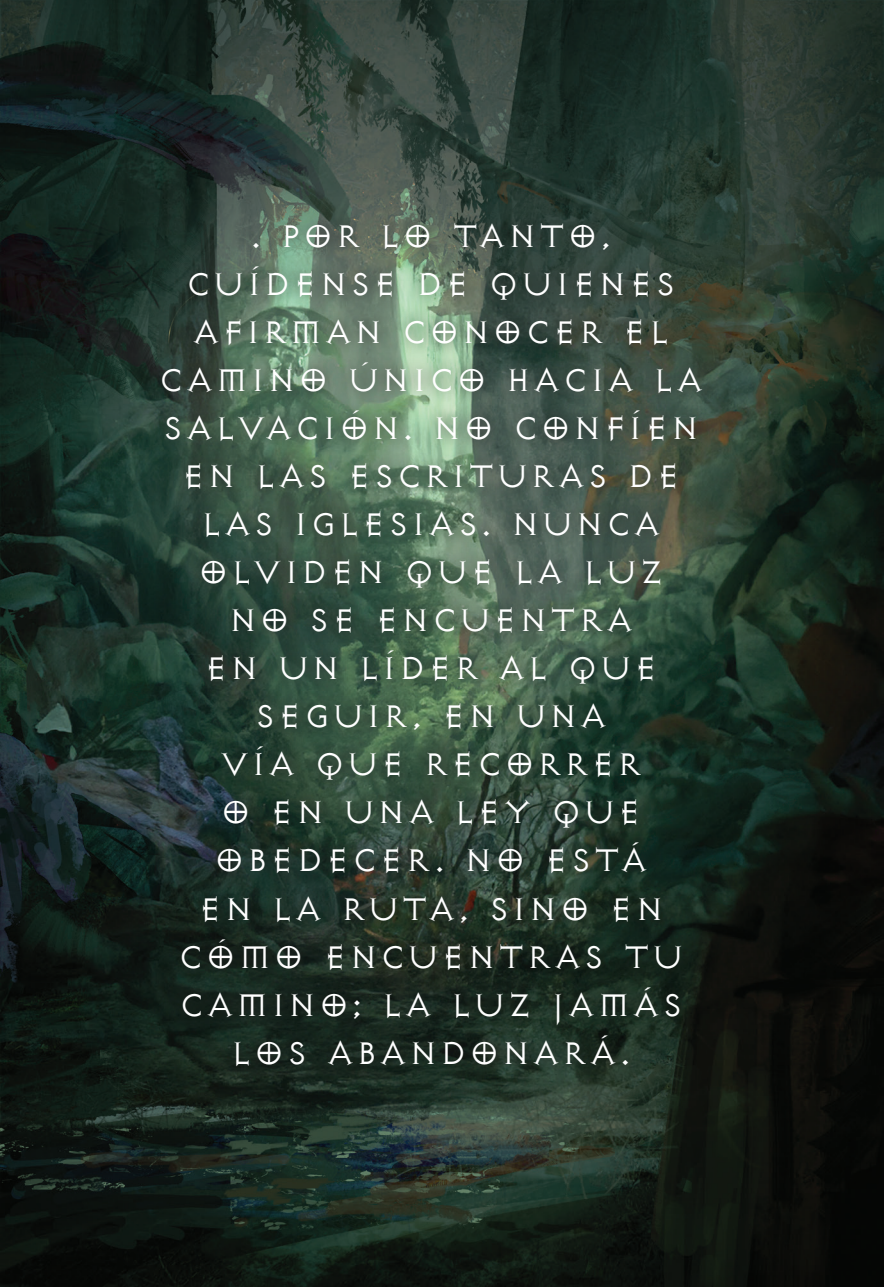
—Contigo, todas las cosas se vuelven posibles —le dijo Ysevete a Akarat—. Mientras tú nos guíes, nos harás dignos.

—Pero yo también tengo mis defectos, como tú bien lo sabes, vieja amiga — le respondió Akarat—. No existe tal cosa como la perfección. Todos fracasamos y flaqueamos. Debemos explorar nuestro interior en busca de la Luz. La Luz no flaquea. Y yo no siempre estaré aquí. Tampoco tú, Ysevete. Ninguno de nosotros puede vivir para siempre, pero la Luz en nuestro interior no puede morir.

Así, reconfortados y renovados, los Devotos se unieron a Akarat. Ayunaron y escucharon a la Luz en su interior durante ocho días y, llegado el noveno, se adentraron en la jungla guiados por un desbordamiento en sus espíritus, como si remontaran un río hacia su origen. Llegaron a un claro en la selva que no aparecía en ninguno de los mapas de Adavin. En nuestras historias, ese lugar se conoce como el Don de Nahantu, y se recibe tanto con gratitud como con veneración. Solo los Encarnaespiritus sabemos qué sucedió allí, y no hablamos de ello. Es demasiado sagrado y también imposible de describir, pues no existen palabras lo suficientemente fuertes o complejas como para contenerlo, e intentarlo solo lo rebajaría.

Sí me es posible decir lo siguiente: tras mucha contemplación y lucha en su interior, Akarat encontró un mundo espiritual que existe de forma separada de nuestro mundo de la carne. Este lo había acompañado desde que llegó a Nahantu, pero se mantuvo oculto hasta que él estuvo listo para verlo. Akarat fue el primero en cruzar su frontera.

En el Reino Espiritual halló una tierra que no era tierra y un lugar que no estaba en ningún lugar, pero que, a la vez, estaba en todas partes. Encontró animales,



. PØR LØ TANTØ,  
CUÍDENSE DE QUIENES  
AFIRMAN CØNØCER EL  
CAMINØ ÚNICØ HACIA LA  
SALVACIØN. NØ CØNFÍEN  
EN LAS ESCRITURAS DE  
LAS IGLESIAS. NUNCA  
ØLVIDEN QUE LA LUZ  
NØ SE ENCUENTRA  
EN UN LÍDER AL QUE  
SEGUIR, EN UNA  
VÍA QUE RECØRRER  
Ø EN UNA LEY QUE  
ØBEDECER. NØ ESTÁ  
EN LA RUTA, SINØ EN  
CÓMØ ENCUENTRAS TU  
CAMINØ; LA LUZ JAMÁS  
LØS ABANDØNARÁ.

plantas y todo tipo de seres. Algunos de ellos se asemejaban a criaturas y seres de materia viviente que Akarat conocía. Otros tenían aspectos extraños, como si hubiesen comenzado su existencia como algo familiar, pero que luego mutaron hasta convertirse en algo más allá de los límites de sus formas terrenales. La peligrosa belleza de todo aquello asombró y desconcertó a Akarat. Deambuló en trance hasta que se dio cuenta de que se había alejado demasiado. Temió perderse en aquel lugar para siempre y ser incapaz de volver al reino de la carne, pero la Luz lo guio de regreso. Habló de todo esto una vez que volvió en sí en el claro en Nahantu. A los Devotos les costaba entenderlo.

—Este Reino Espiritual, ¿es parte de Santuario? —preguntó Istabela.

Akarat pensó largamente su respuesta. —Creo que es parte de Santuario como los Mares Gemelos son parte de Estuar. La tierra y el mar están firmemente unidos, tocándose en todo momento, mas son cosas diferentes.

—¿Cuál de los dos está primero en el orden de las cosas? —quiso saber Adavin—. ¿La carne o el espíritu? ¿Santuario o el Reino Espiritual?

Akarat se encogió de hombros. —¿La tierra se ve confinada por el mar o es la tierra la que le pone fin al mar? Solo sé que el brillo de la Luz es tan potente en el agua como lo es en la tierra.

—¿Cuánto lleva junto a nosotros sin que lo veamos? —preguntó Tusega.

—Quizás se formó al crearse Santuario —le contestó Akarat—. Quizás surgió más tarde. Solo sé que es antiguo y, como el mar, es inmenso, profundo y no carente de peligros.

Los Devotos deseaban ir allí. Akarat les enseñó cómo hacerlo y pasaron sus días recorriendo el Reino Espiritual. Los Encarnaespiritus surgieron a partir de lo aprendido por los Devotos, pero estos últimos quedaron tan cautivados por sus descubrimientos que no notaron cuando la maldad volvió a arrastrarse entre Nahantu. Las Semillas del Odio volvieron a crecer en los rincones más profundos de la jungla.

Luego del primer viaje de Akarat al Reino Espiritual, se preguntaba a menudo por qué la Luz lo había guiado a ese hallazgo y cuál era su propósito allí. Con el

tiempo llegó a conocer a los poderosos seres que protegían el reino y ganó mucha sabiduría gracias a ellos. Entre dichos espíritus, el que ostentaba la primacía era Ah Bulan, quien un día se acercó a Akarat con una advertencia.

Ah Bulan le dijo que la corrupción había regresado a la tierra de la madre de Akarat y que las Semillas del Odio seguirían creciendo hasta que hallara a su creador y lo destruyera. Luego de recibir esta advertencia, fue como si el adversario que había estado acechando la mente y el corazón de Akarat por fin hubiera salido de las sombras, y finalmente entendió cuáles eran las tareas finales que le aguardaban. Le agradeció a Ah Bulan, pero no le mencionó esta revelación a los Devotos. En cambio, les dijo que construyeran la Bóveda de la Luz, un bastión que se yergue tanto en el Reino Espiritual como en Santuario, un lugar de resguardo contra todo mal, donde aquellos que buscan la Luz pueden hallar protección y paz.

En la víspera de la finalización de la Bóveda, Akarat reunió a los Devotos para celebrar. Cantaron y la Luz llenó cada nota. Bailaron y la Luz fluyó a través de ellos desde las plantas de sus pies hasta los cabellos en sus cabezas. Compartieron historias y rememoraron todo lo que habían hecho juntos. Luego Akarat se paró frente a los Devotos y les sonrió con un amor y una alegría tan grandes que parecía brillar como una joya, para luego pronunciar la Despedida de Akarat.

—Mis queridos amigos. Por la Luz que hay en ustedes, veo la Luz que hay en mí. Somos uno. Incluso si nos separamos, sepan que están en mí, que yo estoy en ustedes y que nadie podrá destruir lo que la Luz ha unido. Pero hay un poder capaz de dividirnos si le permitimos debilitarnos... Hablo del Odio. Aunque hoy celebramos lo que han conseguido, recuerden que ninguna victoria contra el mal es permanente y que esa es la razón por la que deben permanecer siempre alerta. Recuerden que así como el óxido corroe pacientemente hasta al más firme de los hierros, el Odio corroe incluso a los corazones más fuertes. Con el tiempo, el Odio corrompe a las más nobles de las intenciones, rompe los lazos de amistad más fuertes y desvía los caminos más verdaderos hacia la oscuridad. Los Umbaru saben bien lo que la jungla hace con los caminos, y los mercaderes de Caldeum saben lo rápido que las arenas del desierto pueden borrar sus huellas. Por lo tanto, cuidense



Y SE VETE TØD AVÍA  
ØBJETABA LA IDEA.

—NØ HAY NADA TAN  
PURØ QUE NØ PUEDA  
SER CØRRØMPIDØ POR  
EL ØDIØ, EXCEPTØ LA  
PRØPIA LUZ.

de quienes afirman conocer el camino único hacia la salvación. No confíen en las escrituras de las iglesias. Nunca olviden que la Luz no se encuentra en un líder al que seguir, en una vía que recorrer o en una ley que obedecer. No está en la ruta, sino en cómo encuentras tu camino; la Luz jamás los abandonará.

Yseve se sintió inquietud por las palabras de Akarat. —Hablas como si fueras a dejarnos.

Akarat la abrazó y le dijo:

—Somos mortales y la vida es incierta. Cada palabra que decimos puede ser la última y cada partida puede ser nuestra última despedida.

Los Devotos no podían imaginar sus vidas sin Akarat, así que hicieron a un lado cualquier preocupación que les hubiera generado y volvieron a su música y sus bailes. Pero la inquietud que Yseve sentía por su viejo amigo no la dejó. Pasó esa noche vigilando a Akarat y, cuando este se levantó antes del amanecer para dirigirse a la selva, ella lo siguió para ver a dónde iba y qué hacía.

Akarat viajó al lugar en donde se encontraban las Semillas del Odio que habían regresado. Donde ellas crecían, la jungla era tal como estaba el día en que pisó Nahantu por primera vez junto a sus Devotos. Todo parecía deformado por una bilis negra y nociva que brotaba de una fuente infernal distante.

Akarat purgó las Semillas del Odio a medida que pasaba, purificando la tierra por segunda vez. Yseve lo habría ayudado, aunque significara revelarse a sí misma, pero la Luz de Akarat demostraba ser suficiente. Una vez más, cuando Akarat fue atacado por animales enloquecidos por la bilis, Yseve casi salta en su defensa, pero él no necesitó su ayuda. Akarat no luchó contra las enfermizas criaturas, ya fueran serpientes, aves o poderosos gorilas; sino que las sanó. Yseve se mantuvo oculta, impulsada por su deseo de no dejar que se aventurase solo hacia la oscuridad, aunque seguirlo a escondidas le generaba vergüenza.

La jungla se volvía más espesa. La corrupción era más fuerte. El mismísimo aire que Yseve respiraba parecía quemarle la lengua con el sabor del Odio. Allí la maldad se sentía cercana, tanto como para ser capaz de aplastarla en cuerpo y alma. El miedo casi la hizo regresar, pero al confiar en la Luz recobró fuerzas.



Siguió a Akarat y lo observó entrar a una cueva oscura, donde sabía que habitaba el autor de la maldición de Nahantu. A pesar del poder de su amigo, ella temía por él. Nunca había sentido una maldad de semejante fuerza. Su corazón y su mente nunca habían sido tocados por semejante Odio ardiente. Surgía de la corrupción a su alrededor, tan voraz como para tragarse a la jungla entera.

En la cueva, Akarat se encontró con el Lobo. Si se hubiera tratado de un lobo de mera carne, lo hubiera sanado. Pero el Lobo que enfrentaba no era más que una forma prestada, poco más que un simple pellejo bajo el cual hablaba y se movía un demonio. El sonido de su voz atravesaba a Yseve hasta los huesos y sus palabras la despellejaban. Tal era su agonía, que no podía moverse ni hablar, pero ese sufrimiento no era nada comparado con el dolor que sentía por no haber sido capaz de luchar junto a su amigo, aunque muchos creen que la misma Luz la detuvo para que pudiera ser testigo viviente del sacrificio de Akarat.

Se dice que la batalla entre Akarat y el Lobo hizo temblar la tierra. Su enfrentamiento remeció todo Nahantu. Los árboles cayeron, los ríos cambiaron su curso y los animales rugieron, bramaron y aullaron. Aunque Akarat luchó con firmeza y habilidad, se enfrentaba a un enemigo sempiterno, y él era un hombre mortal que conocía los límites de sus fuerzas. A medida que la batalla se extendía, sintió en sus extremidades el cansancio de la carne que a todos los mortales afecta por igual. En lugar de combatir hasta su último aliento y arriesgarse a que su enemigo saliera airoso, Akarat eligió cómo ponerle fin a la contienda. Hizo una finta con la que tentó al Lobo a morderlo, pues conocía su hambre. El Lobo hundió sus dientes tan profundamente que Akarat pudo atraparlo en un agarre del que no pudo escapar. Entonces Akarat dejó salir la Luz que lo llenaba y esta brotó de él con un esplendor implacable, como si el sol hubiera bajado de su trono celestial y se hubiera hecho presente en aquella cueva.

El Lobo aulló. El Lobo ardió. La Luz le extirpó la piel de su rostro, y sus huesos se achicharraron cual leña calcinada. Cuando las fuerzas de Akarat se agotaron y ya no pudo seguir conteniendo al Lobo, lo dejó ir. Así, el demonio escapó a las profundidades de la cueva, bajando más y más hasta el punto en que los túneles

terminaban y el reino desde el que había venido comenzaba. El Lobo jamás había conocido semejante dolor. El Lobo jamás había conocido semejante miedo. El Lobo recordaría y, aferrado a ese recuerdo, su odio hacia Akarat y Nahantu no haría más que crecer.

Yseveté corrió hacia Akarat, se arrodilló a su lado y lo tomó en sus brazos mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. No le quedaba suficiente vida como para hablar, pero, mientras moría, la alegría de ver a su querida amiga le dibujó una sonrisa en los labios, la cual permaneció allí incluso en la muerte.

Yseveté cargó con su cuerpo hasta salir de la jungla. No existía lengua alguna que fuera capaz de expresar el pesar de los Devotos.

—Le fallé —dijo Yseveté.

—Le fallamos todos —agregó Istabela.

—No creo que eso sea cierto —terció Jualin—. Lo quise tanto como ustedes, aunque ustedes lo quisieron durante más tiempo, pero creo que solo le fallaremos si no somos capaces de honrar su sacrificio.

—¿Cómo debemos honrarlo? —preguntó Adavin.

—Ahora que Akarat ha fallecido, su misión recae en nosotros —contestó Guilla—. Nuestro deber es asegurarnos de que la verdad y la protección de la Luz les sean ofrecidas a todos.

—Sí —replicó Jualin—. Debemos escribir todo lo que nos enseñó para que podamos difundir su mensaje.

Sus palabras enfurecieron a Yseveté.

—¿Pretendes que dejemos sentadas escrituras? ¿Acaso la juerga de anoche te dejó tan estúpido que ya olvidaste lo que nos dijo? La vía hacia la Luz no está en la ruta, sino en cómo encuentras tu camino.

—Míranos —intervino Istabela—. Solo somos seis, ¿cómo podemos enseñarle a todo Santuario?

Entonces Tusega tomó la palabra:

—Las viejas historias han transportado verdades entre generaciones de habitantes de Nahantu a través de los bosques del tiempo.

—Sabia propuesta —dijo Jualin—. Integraremos la verdad de Akarat y sus enseñanzas en historias, fábulas, arte y canciones, todo lo cual se dispersará como semillas al viento.

Yseve te todavía objetaba la idea.

—No hay nada tan puro que no pueda ser corrompido por el Odio, excepto la propia Luz.

—Es cierto —aceptó Guilla—. Y es por ello que debemos asegurarnos de que la Luz esté en todo lo que hagamos, para proteger nuestras obras de la corrupción.

Istabela, Adavin y Tusega estuvieron de acuerdo con Guilla y Jualin. Así que Yseve te cedió, pese a sus dudas, y entre todos los Devotos prepararon el cuerpo de Akarat, limpiando sus heridas y vistiéndolo. Yseve te buscó la escultura de jade que había pertenecido a la madre de Akarat para que la llevara en sus manos durante su descanso final, mas no pudo hallarla y temió que se hubiera perdido en la jungla durante la última batalla.

—Coloquemos su cuerpo en la Bóveda de la Luz —sugirió Yseve te—. Allí estará a salvo de quienes osen profanarlo.

Así fue que los Devotos llevaron el cuerpo de Akarat al Reino Espiritual y completaron la Bóveda de la Luz a su alrededor. Istabela ideó ingeniosas protecciones y guardas para defender su tumba. Una vez terminada, los Devotos se despidieron por última vez, pero sus palabras fueron pronunciadas en privado y ni siquiera los Encarnaespiritus saben qué fue lo que se dijo. Yseve te fue la última en irse, tras pasar mucho tiempo sola en su pesar. Luego sellaron el lugar de descanso de Akarat y allí yace aún, en la Bóveda de la Luz, más allá del alcance de toda corrupción y deterioro.

Aquí termina la historia de cuando Akarat llegó a Nahantu. Aunque no sea lo que Akarat hubiera querido, permití que mis palabras queden registradas por escrito, pues tal es su importancia. Hago esto a causa de las mentiras que se han escrito. Si las palabras han de ser un campo de batalla, la verdad debe hacerse presente en el frente. ¿Han prestado atención, ustedes que preparan el camino hacia la Luz y luego cobran un diezmo en nombre de Akarat? Nunca se ha caminado tanto un

sendero como para no poder volver atrás. Aunque el Odio los consuma, la Luz en su interior jamás se apagará. Dejen que los guíe de regreso.